Hasta verte otra vez

Adiel Hernán Carvajal Concha

Hasta verte otra vez

Adiel Hernán Carvajal Concha

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2024
© Adiel Hernán Carvajal Concha, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87532-06-2
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-23344-2024

Dedicado a todos aquellos seres que sueñan despiertos.
Almas, cuyos pensamientos prevalecen en el tiempo
y luchan sin descanso por ser lo que buscan incansablemente.

Sentimos que los sueños son imposibles,
pero a veces se cumplen y cuando eso ocurre,
se fractura el alma en dos,
y quizás nos puede llegar a costar la vida.

Prólogo

Hace muy poco había pasado por una abrumadora tormenta en Alemania. Eso ocurrió en la ciudad de Hamburgo, una maravillosa urbe que envuelve a cualquiera con su antigua y majestuosa arquitectura, donde el encuentro de culturas y siglos entremezclados, dan el paso a un bello escenario de alcurnia y simplicidad.

Hamburgo es conocido en el mundo por tener un frío constante en invierno, tan brutal así es, que invita a todas las almas a permanecer en casa, junto a un libro que se disfruta con una taza de un fresco café de grano; de un té con esencias de naranja, o bien de un inconfundible chocolate caliente mezclado con una exquisita leche fresca. El verano, por otro lado, se deja ver con bastantes esbozos de sofocación, pero se extingue más rápido que los sueños nocturnos de un adulto esperanzado por alcanzar un sueño imposible.

Fue él, Clemente León, luego de haber pasado un tiempo en esa urbe que tanto anhelaba conocer desde que era sólo un pequeño niño de campo, en un pueblo olvidado en el fin del mundo en Chile, quien comenzó a ver el día a día como una especie de sentencia a su futuro.

El frío calaba sus huesos y desde su cama, observaba con angustia otra tormenta pasar frente a su ventana. Tomó su bicicleta para internarse en ella. Tenía miedo, lo sabía por el acelerado latir de su corazón, las manos frías y una molesta sordera

temporal que no quería dejar de acompañarlo en el camino. Fue así que la ansiedad comenzó a apoderarse de su cuerpo, se sentía como si fuera una pequeña hormiga que cualquier persona podría aplastar, sin mayor cuidado ni contemplación a su existencia. En ese instante lo que más le desesperaba era sentirse tan débil e impotente, quizás rabia o creer que todo podría ser su culpa. Pero, ¿culpa de qué?

Su conciencia le atormentaba durante la marcha, mientras la lluvia mojaba su cara, confundiéndose con sus lágrimas que no paraban de caer con desesperación. Recordaba con dolor a Einar, quien llegó a ser un trago amargo en su estadía en Alemania. Por consiguiente, también pensaba en Inga quien, con suma fraternidad lo recibió en el extranjero, ayudándole a cumplir en parte su sueño.

«Tengo miedo», es lo único que podía escuchar en su cabeza. Frase que se repetía constantemente, mientras su corazón se agitaba y olvidaba la bicicleta que había dejado caer en el piso. La lluvia caía más intensa que nunca sobre la ciudad y mojaba por completo a Clemente, sin sentir piedad, ni misericordia alguna por lo que le estaba ocurriendo en ese momento. Tiritaba y no era capaz de hilar palabras en el momento que intentaba reincorporarse a la normalidad. Rememoró luego a Justicia de la Cruz, mujer a quien pudo amar… lo que provocó un sórdido silencio en su pensamiento, le alertó del peligro y ayudó a salir de ese estado de seminconsciencia.

Solo así pudo luchar y eludir la tormenta. En ese mismo momento, todo comenzó a volver a la calma. La crisis de pánico había cedido ante la exquisita normalidad. Ahora, la lluvia en su rostro se podía sentir más que los latidos de su corazón, respiraba con más tranquilidad y pensaba en Alam, su mejor amigo

quien, con certeza, podría inspirar en él la calma, que tanto necesitaba en ese momento.

«Respira», escuchaba esto de sus pensamientos una y otra vez en su cabeza. Respira nuevamente. Pero por más que lo intentó, no pudo lograrlo. Su respiración se daba con suma lentitud. Súbitamente, sintió que caía al suelo, como si de la nada, su vida se hubiera destrozado para siempre, como si su alma se hubiera fracturado en dos.

I.
Clemente León

Clemente, un joven de 21 años, provenía de un pueblo olvidado en la sexta región de Chile en Sudamérica. Un lugar en que el calor seco del verano obligaba a usar vestimenta liviana, mientras que el frío invernal trae consigo montañas de nieve que todo lo cubren, sepultando plantas y arbustos, bajo capas heladas de más de un metro y medio, hasta que la mayestática primavera danza lentamente a dar un brevísimo respiro entre ambos extremos.

Clemente siempre tuvo la inquietud y las ganas de conocer el mundo al otro lado del Atlántico; de abrirse a nuevos horizontes; de volar al viejo continente para empaparse de diversas culturas, nuevos aromas y una gama inagotable de experiencias. Siempre quiso disfrutar de territorios que han sido, desde los inicios de nuestra civilización, la cuna de la moda y del inexplicable misticismo de los países nórdicos; con sus maravillosos milagros naturales, tales como esas místicas auroras boreales. Sentía una desazón constante por no poder vivir en Alemania. Consideraba cautivadora la complejidad de un idioma que ninguno de sus conocidos hablaba y que él solo había escuchado en una que otra película de guerra. También le llamaba tremendamente la atención la cultura y la gente alemana, porque siendo un país que, a pesar de haber participado en las dos catastróficas guerras

mundiales, llevándose en ambos casos la peor parte de la derrota, seguía siendo una nación pujante, que pudo sobreponerse a sus dificultades económicas y restaurarse hasta el punto, que habían llegado a ser una de las principales potencias económicas mundiales.

Sin duda alguna, no era el único que pensaba que ver el otro lado del mundo, era mucho más interesante que sufrir el incesante calor de un pueblo agobiante en verano, con un espantoso frío que calaba los huesos durante el invierno, sin embargo, fue uno de los pocos habitantes de ese lugar, que realmente logró vencer el miedo a las barreras y convencer a su instinto de que estaba tomando un buen camino. Quizás, más tarde, caería en la cuenta de que esa no sería su mejor opción.

De aspecto un tanto europeo nórdico, con ojos del color de la miel, el pelo de un matiz rubio oscuro; de nariz prominente con una piel clara y apretada en la cual se percibían las venas de sus brazos; la espalda ancha, por el duro trabajo en el campo; de manos robustas y agrietadas por el barro; pero de baja estatura y con algunos problemas de tartamudeo, Clemente presentaba una imagen de enigmáticas contradicciones. Era una persona sencilla que se ilusionaba con la magnanimidad que tienen los majestuosos aviones. Le impresionaba que pudiesen sobrevolar países y continentes, con tantas almas a bordo y por tantas horas, sin detenerse.

No podía entender cómo los hombres llegaron a crear esas naves, cuyo interior protege a los humanos de la presión exterior a la cabina. Quizás, lo mejor hubiese sido no haber tomado jamás ese vuelo con rumbo a Europa. Tal vez, nunca debió abordar aquel avión que imaginaba desde pequeño y veía pasar sobre su cabeza. Incluso hubiera sido mejor seguir en el incesante calor de su pueblo aburrido e imitar la abúlica, aunque segura

monotonía de los demás, pero recordó que estaba dispuesto a pagar el precio que fuera necesario, con tal de cumplir ese sueño, que era su mayor anhelo.

Todos los días se despertaba temprano, puesto que los gallos cantaban anticipadamente, antes de las cinco de la madrugada y, luego de eso, ya no podía conciliar más el sueño. Se levantaba de inmediato y observaba a los campesinos caminar a sus trabajos. Miraba sus caras de cansancio, sus arrugas marcadas por los rayos directos del sol, su caminar pausado y su ropa en mal estado. Era plenamente consciente de que ese aspecto harapiento, no se debía al desgano de comprarse otros atuendos, sino que hablaba de una vida de sacrificio, viviendo casi por debajo del umbral de la pobreza sudamericana y apenas subsistiendo en un círculo vicioso, obligatorio y voraz, que se heredaba, de generación en generación.

Mientras los observaba, a través de los vidrios de su habitación, sentía que su vida también podría ser miserable, al igual que la de todos esos muy esforzados, pero tan infortunados trabajadores. Sin embargo, existía la posibilidad de cambiar su historia y, con esa convicción, dejaba volar su imaginación. Esa rutina siempre terminaba de manera abrupta. Simplemente, esos pensamientos cesaban, alejándose de manera inconsciente de lo que veía desde su ventana; entonces se dirigía a la ducha y se vestía con su ropa cotidiana, en vista de que no quería perjudicar la única muda limpia que poseía de la última Navidad, con el azufre que se aplicaba a los frutales en los campos de uva. Había dejado de estudiar a los once años, para incorporarse junto a su familia, al trabajo en los viñedos, al cansancio, al sudor constante y al agobio de la vida.

Su pelo rubio se había resecado completamente debido a los rayos del sol que tocaban directamente su cabeza y piel en el

trabajo. Sus manos se habían tornado ásperas con el diario contacto con el barro del suelo. Tan ásperas, que ni la mejor crema humectante haría un efecto reparador en menos de una semana completa de aplicación en la zona.

No obstante, su trabajo campesino tenía algunos aspectos positivos. Había ganado musculatura al levantar continuamente cajas muy pesadas, su espalda se había tornado mucho más marcada y su aspecto se había vuelto una atracción irresistible a las muchachas del pueblo, que lo miraban como a un macho en extremo deseable. Un ideal entre la fuerza salvaje y la inocencia pura.

Cuando dejó de estudiar, no hubo reparo alguno de sus docentes por retenerlo en el colegio. Más de la mitad de los alumnos, sobre todo varones, dejaban de asistir a sus labores escolares para aportar con dinero en sus hogares. Pero a Clemente nunca le gustó la idea de perder la oportunidad de aprender nuevos contenidos y poder divertirse con sus compañeros, viviendo una vida normal respecto a su edad. Tampoco le atraía la idea de tener que levantarse de madrugada y lleno de dolores musculares, para producir dinero, perdiéndose así el privilegio de poder estudiar historia y geografía, matemáticas; sobre todo idiomas, ya que éstos eran su pasión desde que tenía conocimiento. Lamentaba no asistir a sus clases de inglés y reflexionaba con impotencia, cuando miraba en los noticieros, que alumnos de colegios particulares se escapaban de sus clases para salir de *shopping* por la ciudad, o porque simplemente no se interesaban por sus quehaceres escolares. En realidad, les daba exactamente lo mismo. Heredarían de todas formas, en algún momento, sin esfuerzo alguno, la empresa de su padre.

Había que pagar un precio en la vida, el suyo sería esforzarse el doble. Estudiaba por su cuenta de forma ulterior al trabajo,

sirviéndose de lo que había aprendido hasta sus escasos once años. Matemáticas, lenguaje, ciencias sociales, ciencias naturales y sobre todo inglés, puesto que no había más opciones de idiomas, tal como en otras escuelas o institutos particulares, en las que se podía aprender francés o alemán. Hacía resúmenes de todo lo que había aprendido, pues no quería olvidar nada. Y aunque no podía ejercitar con nadie de su edad, los recitaba de vez en cuando a sus padres, quienes estaban orgullosos de su pequeño hombre y sentían pesar en su corazón, al no poder entregar mejores opciones educacionales.

Todo este gran esfuerzo lo sabía muy bien Justicia de la Cruz. Mujer excéntrica, alta, de voz cálida, melena de color azabache hasta los hombros. Su nariz era respingada, perfecta, sus ojos eran de un calipso intenso y su mirada profunda. Tenía, eso sí, una paciencia escueta, siendo conocida por todos en el pueblo a raíz de sus gustos sofisticados. Contaba la leyenda que incluso tenía osos en su gran casona, en lo alto del cerro que dominaba la vista del pueblo. También se decía que sus ojos los había heredado de su devota abuela quien, con fervientes súplicas a Dios, había rogado por la gracia de tener generaciones con descendientes de ojos calipsos, similares a los de su Dios. El Dios que se encontraba en su mente y en sus sueños.

Justicia lucía siempre una impecable vestimenta negra, tacones de cuero y collares de perlas blancas, combinados con prendedores de acabados perfectos, traídos del Medio Oriente. Se imponía con su presencia, llenaba todos los espacios que pisaba. Se podían sentir sus tacones al caminar, a través de los escasos lugares que el pueblo tenía asfaltado.

Sus manos siempre estaban cubiertas por finos guantes de seda negra y, bajo sus faldas hasta la rodilla, se dejaban ver unas finas medias de encaje, que nadie podía costearse en aquellos

tiempos. Fumaba con una boquilla traída de la India y cada vez que lo hacía, irradiaba abolengo y roce social, con movimientos ligeros y una postura digna, de clase aristocrática.

De la Cruz, era el apellido que había heredado de sus antepasados católicos quienes, por generaciones, fueron una de las pocas familias que se opusieron a cambiar el apellido en las mujeres, quienes debían heredar el de sus maridos. El apellido De la Cruz, pasaba así tanto de padres, como de madres a hijos.

Los De la Cruz eran una familia con gran poder adquisitivo. Dueños de fundos, de viñedos, de las caballerizas más conocidas del país y de un sinnúmero de propiedades a su nombre. Por tales circunstancias, Justicia estudió en un colegio de renombre, aprendiendo desde muy pequeña los modales de una dama. También debió educarse en el manejo de diferentes idiomas: francés, inglés, alemán e italiano y, como era costumbre en la época, debió aprender de costura y a cómo ser una buena esposa, abnegada, digna, atenta y a la vez piadosa, pues los De la Cruz vivían consagrados al Señor.

Tenía padres estrictos, preocupados de su bienestar económico, pero también de los rumores constantes que hablaban acerca de que habían realizado un pacto con el diablo, siendo esa la causa de la enorme fortuna que habían amasado con el paso del tiempo.

Aunque Justicia no era la típica persona que solía vivir en esa localidad, puesto que la mayoría de los habitantes pertenecía a la clase media baja y, en aquellos tiempos, era muy mal visto que la alta sociedad se inmiscuyera con los de otra clase social. No obstante, Justicia de la Cruz vivía en una lejana casona en la mitad de un cerro precordillerano del mismo pueblo. Cerro que ostentaba una gama infinita de verdes, con gran cantidad

de árboles nativos como el Boldo, cuyas hojas se usan en una infusión conocida como el té campestre chileno; o el Arrayán, con sus tallos terrosos, de tamaño pigmeo y numerosas flores silvestres que aparecen después de meses de lluvia intensa. Vivía llena de lujos, de sirvientes y animales exóticos, pero también era la única mujer de ese lugar que habitaba en completa soledad, en un lugar de muy difícil acceso a pie.

A diferencia de los típicos hombres y mujeres, cuya economía estable hacía alejarse de la gente común y corriente, Justicia de la Cruz tenía una sensibilidad social que los demás ricos no poseían. Era una mujer que ayudaba a los más necesitados, que lideraba proyectos sociales y compartía sus lujos con los más desfavorecidos en el país, sobre todo con niños y jóvenes. Desde su juventud y su madurez en la universidad, había despertado en ella un apasionante ímpetu por coadyuvar a esa sociedad injusta en la que estaba inmersa, afligiéndose al no poder tomar medidas frente a las iniquidades que se cometían contra el prójimo.

Ella, Justicia De la Cruz, vio en el joven Clemente León, un brillo diferente al que había visto en los ojos de los demás afuerinos. En más de una ocasión lo observó ensayando idiomas en la plaza del pueblo. Pero sus ojos no estaban enfocados en el quehacer del momento, sino que se fijaban en una lejanía mística y cautivadora, que hipnotizó a Justicia. En una de esas ocasiones se acercó y se sentó, con suma cautela a su lado, sin embargo, Clemente había escuchado el sonido de sus tacos al caminar. Se sintió intimidado y comenzó a bajar la voz, que elevaba cuando estaba ensayando idiomas extranjeros, los cuales aprendía de manera autodidacta.

—Por favor, no tengas miedo. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Justicia.

—Soy Clemente. Clemente León —le dijo tartamudeando—. ¿Usted es la señora Justicia?

—Sí, soy Justicia de la Cruz. Quizás te acuerdas de mí, de cuando antaño, en las Navidades, venía a dejarles regalos en su niñez.

—Sí, lo recuerdo, pero nunca había tenido la posibilidad de agradecérselo, señora De la Cruz. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Primero, me intriga saber por qué estás aprendiendo idiomas. Te he visto en reiteradas ocasiones en este lugar. Hablas solo, en idiomas que nadie de estos lados puede entender, pero yo sí. He escuchado una que otra palabra que me ha traído recuerdos de mi niñez en el colegio de monjas.

—Claro que lo puede hacer, aunque si usted tiene conocimiento del idioma, me da bastante vergüenza. No creo pronunciar muy bien. Soy un joven de campo, ignorante, ni siquiera terminé la escuela, pero intento aprender con unos diccionarios que tomé prestado de la biblioteca —le dijo, mientras seguía tartamudeando.

—Tengo la sensación de que estás sumamente nervioso. ¿Por qué me tienes miedo?

—Se dicen muchas cosas de usted. Las mamás de estos lados, nos tienen advertidos de que no podemos conversar con personas que puedan hacer el mal.

—Pero, ¿por qué hablas de hacer el mal? Me sorprende mucho tu reacción, Clemente.

—Se dice que usted hizo un pacto con el diablo y no quiero, por favor, que me haga ningún daño.

—¿Crees que una persona tan despiadada traería regalos a los niños para hacerlos feliz?